

Primer domingo de Cuaresma

22 de febrero de 2026

«Jesús ayuna cuarenta días y es tentado».



«Ante el mal moral, la actitud de Dios es la de oponerse al pecado y salvar al pecador. Dios no tolera el mal, porque es amor, justicia, fidelidad; y precisamente por esto no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Para salvar a la humanidad, Dios interviene: lo vemos en toda la historia del pueblo judío, desde la liberación de Egipto. Dios está decidido a liberar a sus hijos de la esclavitud para conducirlos a la libertad. Y la esclavitud más grave y profunda es precisamente la del pecado. Por esto, Dios envió a su Hijo al mundo: para liberar a los hombres del dominio de Satanás, «origen y causa de todo pecado». Lo envió a nuestra carne mortal para que se convirtiera en víctima de expiación, muriendo por nosotros en la cruz. Contra este plan de salvación definitivo y universal, el Diablo se ha opuesto con todas sus fuerzas, como lo demuestra en particular el Evangelio de las tentaciones de Jesús en el desierto, que se proclama cada año en el primer domingo de Cuaresma. De hecho, entrar en este tiempo litúrgico significa ponerse cada vez del lado de Cristo contra el pecado, afrontar —sea como individuos sea como Iglesia— *el combate espiritual contra el espíritu del mal* (cf. Miércoles de Ceniza, oración colecta)».

BENEDICTO XVI, Ángelus, 13 de marzo de 2011.

* Pintura: DUCCIO DI BUONINSEGNA, *Las tentaciones de Jesús*.

El sacramento cuaresmal que nos lanza hacia la Pascua

El origen de nuestra Cuaresma como camino hacia la Pascua se encuentra en el testimonio que nos ha dado el mismo Cristo *«quien fue llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo. Y después de ayunar cuarenta días con sus cuarenta noches, al fin sintió hambre»* (Mt 4,1-2). De ahí que el prefacio del primer domingo de Cuaresma se dirija al Padre, expresando que Cristo *«al abstenerse durante cuarenta días de tomar alimento, inauguró la práctica de nuestra penitencia cuaresmal»*. Este acontecimiento del desierto de Cristo debe ser la inspiración de toda nuestra entrega y empeño en recorrer y vivir el camino cuaresmal. Además, el prefacio nos deja claro que la manera como el Señor hace frente las tentaciones es lección de vida para nosotros, pues rechazando las tentaciones *«nos enseñó a sofocar la fuerza del pecado»*.

El camino cuaresmal de los bautizados ha sido comprendido en la Iglesia como un ascenso al monte santo de la Pascua y en la bendición de la ceniza del pasado miércoles se plasmaba que los cristianos estamos llamados a llegar a esa meta pascual con un corazón limpio. Aunque no se diga explícitamente en el texto evangélico de este domingo, leyendo los Evangelios en su conjunto es evidente que toda la vida de Cristo está orientada hacia el momento culminante de su muerte y resurrección. Por eso tiene sentido decir que los cuarenta días de ayuno de Jesús son una importante etapa de preparación para todo su ministerio salvífico que alcanzará su consumación en el Misterio Pascual.

La relación entre el desierto cuaresmal y la celebración litúrgica de la Pascua también se revela en el prefacio cuando dice: *«de este modo, celebrando con sinceridad el Misterio Pascual, podremos pasar un día a la Pascua que no acaba»*. En definitiva, la celebración del Triduo Santo nos proyecta, nos moldea espiritualmente, nos dispone y nos lanza hacia la gran meta de nuestra esperanza: gozar de la dicha del Señor en el país de la vida. Pascua equivale a vida eterna: la resurrección de Cristo nos abre las puerta de ese país donde seremos vivificados para siempre por Dios.

Ahora bien, tanto en la oración colecta como en la oración sobre las ofrendas de este domingo se habla de la Cuaresma como sacramento. La sacramentalidad es dimensión constitutiva de nuestra fe cristiana. No solo incluye los siete grandes signos que conocemos, sino que abarca todas las realidades visibles y creadas que tienen la capacidad de ponernos en contacto con lo invisible. Dentro de estas realidades también Dios se ha valido de ciertas etapas de tiempo y les ha dado carácter de signo sacramental con el fin de hacernos llegar su mensaje y conducirnos a la salvación. Por tanto, en el misterio de estos días, entramos en la Cuaresma de Cristo por medio del sacramento de la Cuaresma, de manera que adentrarnos en esta cuarentena es adentrarnos en el misterio de lo que vivió Cristo cuarenta días en el desierto como preparación al don de nuestra salvación.

Textos proclamados: lectura de la Palabra de Dios en los domingos de la Cuaresma en el Ciclo A¹

	A T	Apóstol	Evangelio
Domingo 1	Gn 2,7-9; 3,1-7 Creación y pecado	Rm 5,12-19 Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia	Mt 4,1-11 Ayuno y tentación
Domingo 2	Gn 12,1-4 Vocación de Abraham	2 Tm 1,8-19 Vocación e iluminación	Mt 17,1-9 La transfiguración
Domingo 3	Ex 17,3-7 El agua de la roca	Rm 5,1-2.5-8 El Espíritu derramado en los corazones	Jn 4,5-42 La samaritana
Domingo 4	1Sam 16,1b.6-7.10.13 La unción de David	Ef 5,8-14 Cristo te iluminará	Jn 9,1-41 Ciego de nacimiento
Domingo 5	Ez 37,12-14 Promesa de vida	Rm 8,8-11 El Espíritu que habita en vosotros	Jn 11,1-45 Lázaro resucitado

Indicaciones de la Ordenación de las Lecturas de la Misa (núm. 97).

- † En los domingos primero y segundo se conservan las narraciones de las tentaciones y de la transfiguración del Señor, léidas en los tres sinópticos.
- † En el Ciclo A, los domingos III, IV y V de Cuaresma constituyen un itinerario bautismal. El agua, la luz y la vida son tres signos que evocan el bautismo y ayudan a los catecúmenos en su preparación.
- † Las lecturas del AT se refieren a la historia de la salvación, que es uno de los temas propios de la catequesis cuaresmal. Cada año hay una serie de textos que presentan los principales elementos de esta historia, desde el principio hasta la promesa de la nueva alianza.
- † Las lecturas del Apóstol se han escogido de manera que tengan relación con las lecturas del Evangelio y del Antiguo Testamento y haya, en lo posible, una adecuada conexión entre las mismas.

¹ J. CASTELLANO., *El año litúrgico, Memorial de Cristo y mistagogía de la Iglesia*, Barcelona: CPL 1994, 141-142.

Textos proclamados – Primer domingo de Cuaresma

Comentario general a las lecturas²

Hemos entrado con decisión y gozo en el camino hacia la Pascua que es el tiempo de Cuaresma. A quienes parezca triste este tiempo, conviene que recuerden el programa que traza la oración colecta de este domingo: «concédenos, Señor, avanzar en la inteligencia del misterio de Cristo y vivirlo en su plenitud». Tiempo para penetrar en el misterio de Cristo para vivirlo. La Cuaresma es Jesús en su camino hacia la Pascua. Y la Iglesia con Él. Por eso, al principio de este tiempo no sólo se nos imponen las cenizas de la penitencia, sino que se nos recuerda la unción de la palabra, para convertirnos y creer en el Evangelio.

Este año, el ciclo dominical A nos presenta una Cuaresma bautismal, es decir una programación de la palabra de Dios que nos ayuda a acompañar a los catecúmenos hacia el bautismo y nos recuerda nuestra vocación bautismal, la que vamos a ratificar en la vigilia pascual, y para la que nos vamos a ir preparando, caminando con Cristo, siguiendo sus pasos, dejándonos arrastrar por Él, fascinados por su palabra y por su persona. Por eso daremos a nuestros comentarios cuaresmales el tono bautismal propio del ciclo A.

La primera lectura nos presenta un episodio de la historia de la salvación. En este caso se trata del pecado de nuestros primeros padres. En el jardín de Dios, en la experiencia de la vida en abundancia, regalo de Dios para sus hijos, el drama de la desobediencia. La tentación y la caída. La opción por el bien aparente y la negación de la obediencia a Dios. Éste es el pecado en sus raíces más profundas, el misterio del mal que nos acompaña, la situación radical en la que vivimos inmersos, nuestra condición de pecadores. El mal y el pecado parecen una condición ineludible, hasta que viene Jesús que, tentado, vence y nos ayuda a luchar y a vencer.

Y Jesús se sitúa al principio de su ministerio en conexión con este misterio del mal, de la tentación, del pecado, del diablo. El desierto de Judá no es el Edén paradisíaco. Y la abundancia de los frutos del jardín contrastan con el ayuno voluntario del Señor, cuarenta días y cuarenta noches. Un número simbólico que resume otros momentos de la historia de la salvación: el diluvio, el Sinaí, la peregrinación por el desierto, la conversión de Nínive.

Pero ahora Jesús es el nuevo Adán que, tentado, vence. Y empieza así el rescate de la humanidad, su posibilidad de soportar la tentación y de vencer, con Jesús, y como Él.

² J. CASTELLANO, *Orar con el año litúrgico. Ciclo A*, Valencia: EDICEP 2010, 46-48

Las tres tentaciones que Mateo propone en el Evangelio, con las tres respuestas y las tres victorias, reportadas por Jesús, pueden ser paradigma de nuestras tentaciones pecaminosas, de las dimensiones de nuestras rebeldías ante Dios, de las posibles y reales caídas ante los ídolos del placer, del poder, del poseer.

A la tentación que se enrosca en nuestros apetitos sensuales, aunque sean solamente y solapadamente aludidos por las piedras que se pueden convertir en pan, Jesús indica en la palabra el alimento sabroso que da gusto a la vida y vigor a la existencia.

A la sutil tentación de una especie de exhibicionismo de poder, el que le permitiría a Jesús lanzarse indemne desde el altísimo alero del templo, con una pirueta espectacular, responde con sequedad: «No tentarás al Señor tu Dios». Para que tampoco nosotros nos arroguemos poderes que ensalzan nuestro orgullo y que se resuelven en desprecio de los demás. Sólo Dios es el Señor.

A la megalomanía de ver y poseer todos los reinos de la tierra, apenas con la condición de una postración adorante y un vasallaje al que es el príncipe de este mundo, o así se le llama, Jesús responde con la obediencia al único Señor a quien se debe la adoración y el culto. Gran exorcismo de Jesús contra todos los ídolos que exigen genuflexiones y adoraciones. Los poderes y los haberes de este mundo, las riquezas que convierten en esclavos. La respuesta es la adoración del único Dios con la que celebramos y vivimos nuestra libertad de hijos de Dios.

Todo esto es evocador de la liturgia bautismal. Lo era en la antigüedad cuando el rito solemne del bautismo empezaba en el atrio, se le quitaban al catecúmeno sus vestidos, como si se despojara del viejo Adán y hacía la triple negación a Satanás. Lo hacemos también ahora, cuando como Jesús en el desierto, renunciamos a Satanás, a sus obras y a sus seducciones. Para poder decirlo con verdad al renovar este acto en la Vigilia Pascual, hay que luchar durante la Cuaresma en un auténtico combate espiritual en el que recuperamos poco a poco nuestra libertad y nos volvemos a despojar de los vestidos del hombre viejo.

Y Pablo, en la segunda lectura, nos ayuda a entrar en el misterio de una profunda teología bíblica. Por Adán la muerte, por Cristo la vida. Por el primer hombre el pecado, por Jesús, nuevo Adán, la gracia. Con la ventaja que la gracia desborda en intensidad y universalidad, en gratuidad y en promesas el pecado de Adán. Un pecado que fue desobediencia; una redención que es obediencia, acogida del designio de Dios. Para una vida, la vida nueva del cristiano, que es decidida rebelión, repulsa, renuncia a Satanás y amorosa, filial, convencida, libre obediencia a Dios y a su designio. Así empieza nuestro conocimiento de Cristo y el dinamismo bautismal de Cuaresma.

Comentario a las lecturas bíblicas del Leccionario³

«Creación y pecado los primeros padres».

Lectura del libro del Génesis 2, 7-9; 3, 1-7

El plan de Dios y el problema del mal constituyen, en síntesis, los temas propuestos por la liturgia en este fragmento. De la tierra (*hadamah*), de la materia, Dios plasma al hombre (*adam*), pero insufla en él su misma respiración; lo rodea de bien y de belleza (v. 9), le coloca en un ambiente preparado con esmero y le confía una (área, una misión (v. 15); le da amplia libertad para determinar y transformar la realidad que le rodea mediante el trabajo y la autoridad personal (vv. 9s).

Pero el hombre no debe establecer su norma del bien y el mal: esta norma la impone Dios; no debe conocer por experiencia el mal, so pena de llevarle a la ruina (vv. 16s). “Conocimiento” es para los semitas un hecho de experiencia más, antes que algo intelectual o moral. Dios da, pues, su mandamiento para la vida y la felicidad.

Al hombre se le propone la elección de una libre obediencia, reconociendo la relación particular que el Creador le ofrece de vivir con él. Allí está el árbol, en medio del jardín, guardado únicamente por la advertencia de Dios. En este punto se insinúa la presencia del mal: el texto bíblico nos dice que el mal no es primariamente una opción errónea, sino más bien una entidad creatural que induce a esa opción astutamente.

El término para indicar la serpiente significa también “adivinación”, dejando entrever los cultos idolátricos, en los que el símbolo de la serpiente tenía mucho que ver y que no dejaban de atraer a Israel. En efecto, la serpiente trata de que parezca una mentira el mandato de Dios por una especie de falso oráculo (vv. 4s).

La narración de la transgresión es una obra maestra de psicología, una secuencia de sensaciones perfectamente estudiadas (v. 6) en un deseo creciente; pero el éxito del pecado consiste en comprobar la propia desnudez -es decir, nuestra fragilidad, el estar inermes, derrotados-, que lleva a avergonzarse de sí mismo y a no poder soportar la mirada de Dios.

«Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia».

Lectura de la carta del Apóstol San Pablo a los Romanos 5, 12-19

Es un texto un tanto difícil por su gran densidad teológica, pero de capital importancia para comprender cómo Cristo es el punto central de la historia de la salvación. Por el paralelo entre Adán y Cristo -los dos “prototipos” de la historia humana-, tenemos una nueva explicación del misterio de la cruz. El primer padre de la humanidad, el viejo Adán, con un solo pecado ha arrastrado a todos al pecado y a la muerte (v. 12).

³ AA.VV., *Lectio divina para cada día del año*, vol. 3, Navarra: Verbo Divino 2002, 46-50.

Cristo, nuevo Adán, con un solo acto de justicia, o sea, con su muerte en cruz por amor, abre a todos el camino de la justicia, del amor y de la vida sobreabundante. Esta visión nos permite intuir que los acontecimientos de la historia no son casuales o independientes unos de otros, sino que están íntimamente vinculados, sea para el bien o para el mal: todo lo que hacemos tiene una repercusión fuera de nosotros, repercute en todos los demás. Se trata del tema del “pecado social”.

La transgresión del primer hombre introduce a toda la humanidad en una deformidad respecto a la imagen de Cristo: todo hombre llevará grabada en su corazón, como una tara hereditaria, la culpa de los orígenes. Creado para vivir en comunión con Dios en santidad perfecta, sentirá siempre la tentación de hacer el mal. La Ley viene a ser como una terapia de urgencia ofrecida por Dios al hombre herido; en la Ley se indica lo que debe cumplir y lo que hay que evitar para vivir de acuerdo con la voluntad de Dios (vv. 13-14.20a).

Pero la Ley por sí sola es insuficiente para restablecer la comunión con Dios: el hombre por sí mismo no puede levantarse de la caída. Por esta razón, Pablo, comparando el alcance de la acción de Adán y la eficacia de la obra de Cristo, muestra la sobreabundancia del don de Dios. El paralelo entre Adán y Cristo lleva a un superávit de gracia, fruto de la obediencia del Hijo amado: cumpliendo la voluntad del Padre hasta la muerte de cruz, Jesús nos ha obtenido el retorno a Dios, el acceso a la vida eterna (v. 21).

«Jesús ayuna cuarenta días y es tentado».

Lectura del santo Evangelio según San Mateo 4, 1-11.

Jesús, proclamado por el Padre Hijo de sus complacencias, inmediatamente después del bautismo es conducido al desierto *"por el Espíritu"* para ser *"tentado por el diablo"*: por consiguiente, esta prueba es querida por Dios. Jesús, que vino para recapitular toda la humanidad dando al Padre esa total adhesión que debía haber ofrecido Israel, es sometido a las mismas tentaciones del pueblo del Éxodo, como indican las citas del *Deuteronomio* con las que responde a Satanás (Dt 8,3; 6,16; 6,13). Pero donde Israel falló, Jesús vence.

La insidia diabólica comienza presentando a Jesús las esperanzas mesiánicas y pidiéndole que demuestre si es verdad que, como había afirmado la voz del cielo, es Hijo de Dios. A la propuesta de un mesianismo que satisfaga con facilidad las necesidades materiales del hombre, Jesús responde contraponiendo al alimento material el alimento espiritual de la Palabra vivificante de Dios (vv. 3s). A la imagen de una misión milagreira y espectacular que le propone el diablo, Jesús opone una sumisión incondicional a los designios de Dios (vv. 5-7). A la tentación del éxito sigue finalmente la del dominio -convertirse en señor de la tierra, ceder a la idolatría del poder-, pero el camino mesiánico que Cristo intuyó en el desierto es muy distinto. Con la autoridad que le viene de su dedicación plena a Dios, él, el perfecto adorador del Padre, expulsa al demonio (vv. 8-11).

Mateo nos presenta a Jesús no sólo como el verdadero Israel, sino también como el nuevo Moisés, al citar el ayuno de cuarenta días y cuarenta noches, y la mención del “*monte altísimo*” desde donde el diablo le muestra todos los reinos de la tierra, aludiendo a Dt 34,1-4. Estos cuarenta días en el desierto preparan a Jesús para que asuma la guía del nuevo pueblo de Dios, a quien ofrece la Ley nueva.

San Máximo de Turín, obispo⁴

ALIMENTARSE DE LA PALABRA QUE SALE DE BOCA DE DIOS

El Salvador responde al diablo: «*No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra de Dios*». Lo que significa: «Él no vive del pan de este mundo, ni del alimento material del que tú te serviste para engañar a Adán, el primer hombre, sino de la Palabra de Dios, de su Verbo, que contiene el alimento de la vida celeste». Por lo tanto, el Verbo de Dios, es Cristo nuestro Señor, como dice el evangelista: «*En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios*» (Jn 1,1). Todo el que se alimenta de la palabra de Cristo ya no tiene necesidad de alimento de la tierra. Como uno que se restaura con el pan del Señor, no puede ya desear el pan de este mundo. En efecto, el Señor es su propio pan, o más bien, el Señor es el mismo pan, como Él enseña por sus palabras: «*Yo soy el pan que ha bajado del cielo*» (Jn 6,41). Y este pan hizo decir al Profeta: «*El pan fortalece el corazón del hombre*» (Sal 103,15).

¿Qué me importa el pan que me ofrece el diablo, si yo tengo el pan que reparte Cristo? ¿Qué me importa el alimento que ha expulsado al primer hombre del Paraíso, ha hecho perder a Esaú su derecho de primogenitura... (Gn 25,29), que ha convertido a Judas Iscariote en un traidor (Jn 13,26)? Adán perdió en efecto el Paraíso por causa del alimento, Esaú perdió su derecho de primogenitura por un plato de lentejas, y Judas renunció a su rango de apóstol por un bocado: pues en el momento que él cogió el bocado, dejó de ser un apóstol para ser un traidor... la comida que tenemos que tomar es aquella que abre el camino al Salvador, no al diablo, aquella que transforma al que la come en confesor de la fe y no en traidor.

El Señor tiene razón al decir, en este tiempo de ayuno, que es el Verbo de Dios el que alimenta, para enseñarnos que no debemos pasar nuestros ayunos preocupándonos de este mundo sino de la lectura de los textos sagrados. En efecto, aquel que se alimenta de la Escritura se olvida del hambre del cuerpo; aquel que se alimenta del Verbo celeste olvida el hambre. Pues bien, este es el alimento que nutre el alma y calma al hambriento...: da también la vida eterna y aleja de nosotros las trampas de la tentación del diablo. Esta lectura de textos sagrados es vida como dice el Señor: «*Las palabras que os he dicho son espíritu y vida*» (Jn 6,63).

⁴ Sermón 16: PL 57, 561.

Primer domingo de Cuaresma

22 de febrero de 2026

«Jesús ayuna cuarenta días y es tentado».



Moniciones

Entrada

Hermanos y hermanas: unidos a Cristo, vencedor del pecado y de la tentación, dispongámonos a participar de esta Eucaristía en el comienzo de estos cuarenta días de desierto espiritual que nos llevarán a la Pascua. Celebremos con fe.

Liturgia de la Palabra

Los discípulos del Señor vivimos de la Palabra que sale de la boca de Dios. Es la misma Palabra con la que Cristo ha vencido la tentación. Es la misma Palabra que vamos a escuchar ahora.

Presentación de los dones

Mientras que nos preparamos para llegar a la Pascua para celebrar la ofrenda de Cristo por nuestros pecados, nosotros ofrecemos la austeridad y la penitencia cuaresmal que nos ayudan a salir vencedores en el combate contra el mal.

Comunión

En la Eucaristía encontramos la gracia que ha sobreabundado por encima del pecado. Que este alimento nos mantenga con la fuerza necesaria para perseverar en el desierto cuaresmal, en medio de los sacrificios de cada día.

Primer domingo de Cuaresma

22 de febrero de 2026

«Jesús ayuna cuarenta días y es tentado».



Oración universal

Oremos al Señor nuestro Dios, que dispuso darnos su gracia por medio de Jesucristo, quien permaneció fiel al Padre ante la tentación del desierto. Oremos juntos respondiendo:

R/. Cristo, vencedor del pecado, escúchanos

- † Oremos por la Iglesia: para que, fortalecida con el pan de la Palabra de Dios, no caiga en la tentación de confiar en poderes y medios extraños a su misión en el mundo.
- † Oremos por los gobernantes: para que, por encima de los afanes de tener y dominar, predominen los esfuerzos por conseguir un mundo con más igualdad y menos pobreza.
- † Oremos por todos aquellos que se preparan al bautismo en este tiempo: para que crezcan y maduren en la fe.
- † Oremos por aquellos que carecen de medios para solucionar sus problemas de pobreza, desplazamiento o enfermedad para que encuentren la ayuda fraterna que necesitan.
- † Oremos por nosotros, aquí reunidos, que hemos escuchado que no solo de pan vive el hombre: para que como bautizados, en esta cuaresma tengamos hambre de la Palabra de Dios y con ella vencamos la tentación.

Señor Jesucristo, atiende esta oración que hemos presentado ante ti para que sea tu Espíritu el que ilumine todo nuestro deseo de vivir a plenitud el desierto cuaresmal. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.